

Lo primero es lo primero hasta que no

Traía la mirada desocupada, pero ya la edad comienza, mis edades. Un mundo redondo se pega a las pupilas redondas y el redondo pecho se aleja. No hay alternativa; aparecen para quedarse tenedor, cuchara y un cuchillo. Cada cual cumple su trabajo. También las personas parecen dividirse en tenedor, cuchara y cuchillo. Primavera, veranos, otoños e inviernos van cayendo al saco. Escucho voces deshojándose o floreciendo. Primero quieren enseñarme a comprender las horas del día, espacios bien demarcados para que juegue el tiempo. No respetan mis horarios, que algunas horas pasen o pesen más que otras. Es la vida, me repito. Escuece. Consigo por fin organizarme y conciliar el día y la noche, intuyendo sus futuras dimensiones. Muy pronto me enseñan a mover la boca como hacen ellos. Se ven bastante ridículos. Yo correteo durante semanas a unas consonantes con mi lengua siempre atosigada de papillas (alimento y sonido se han autoproclamado los reyes de mi paladar). Voy ajustando el mundo a las palabras que me son deletreadas. El sol es la gran sílaba. Mediante ensayo y error ejercito un *sí* y un *no* todavía asustadizos. Llegan entonces mis primeros zapatos, mi primera sopa, mi primer espejo, mi primera vergüenza y una avalancha de primeros sucesos que amenazan con desbaratarme. Ya me enseñan a escribir, con letra pequeña. Sin salirme del margen. Me dictan. Mis oídos siempre como escudos a los lados, captan incontables sonidos extinguiéndose aún en bruto, qué desperdicio.

Poco a poco afino perspectivas; rasgos, protuberancias, hediondeces o emociones y demás chirimbolos a los que he de irme acostumbrando. Y a una gran densidad de población en suspenso. Partí de cero, como ellos, pero voy ganando pistas. Descubro el hule, las ranas, la compota de membrillo, lo lustroso y lo opaco y lo succulento. Y más y más. A diario escucho desde mi cuarto un suspiro metálico que aquí se empeñan en llaman ascensor. Me aburro y lloro. Percibo más brillantes los colores así, húmedos de lágrimas. Lo tendré en cuenta. Veo a los árboles y a mis dedos crecer, a mis costillas que como un puño me estrechan y grito feliz. El sonido se propaga y todo oscila y todo vibra, ¿o es que todo tiembla con desmesura de la buena?

¿Y este niño que a cada momento me observa, me persigue y me sonrío, mostrando sus dientes con sarro, quién se supone que es?

Podría llamarse música

Fue a mi hermano Raúl a quien primero llevaron a desruidar al conservatorio. El arco le patinaba sobre las cuerdas igual que la sonrisa en la cara. De la noche a la mañana comenzó a hacer música con su violín, mientras yo continuaba organizando ruidos. Mis padres me avistaron tan descorazonada manipulando el violín sin éxito, que decidieron llevarme también.

Usábamos muy pocas notitas, pocas, pero bien deschavetadas. Las que nos iba suministrando el profesor en las clases y que, desafinadas, repetíamos en cuanto llegábamos a casa hasta que ellas pedían clemencia. Fueron pacientes y astutas, y al contrario que las palabras y otros trastos, las notas no se humillaban, día a día ganaban cuerpo, textura, empezaban a confiar, soltando gracia y sentido. Imaginamos que aquello podría llamarse música.

¿Por qué los segundos se llaman así? Ni terceros ni cuartos. Y lo primero ¿qué fue? Tocando, o sea cosquilleándoles el ombligo a las notas con nuestros segundos de pluma negra, conseguíamos que sonrieran. Se distinguían entonces, eran segundos corregidos en primeros.

Junto a los segundos volaron terceros, cuartos, nuevamente los primeros y después, quintos o sextos. Era así con los sonidos; voltear, alternar o frecuentar. Remachar, ignorar, doblar, mezclar, saltar, burlar la cronología, macerar bien el ritmo. Estaba prohibido estacionarse en una escala. En otros idiomas, tocar un violín es «jugar», dijo el profesor. Jugar con tiempo era mejor aún que jugar con tierra.

Pasos

No veo nombres ni señales. Solo la luz incorregible y un gran delirio de suelas. De un lado a otro las suelas. Ojalá lleguen donde desean. Cruzo la Alameda en rojo y, apenas termina la línea de cebra, un transeúnte me pisa. Pretendo gritarle pero veo sus pies planos, me callo y sigo sus pasos, como quien sigue una tradición, sin pensarlo, así lo sigo. Alejándome de mí, camino sobre otras pisadas que yacen en el pavimento. ¿Aligerarme en andanzas ajenas? Son padres que caminan. Hijos que caminan. Las pisadas no pasan de moda. Las seguiré durante pasos y malpasos. Pisadas cada vez más intensas, capas de intenciones que han ido acumulándose durante siglos. En cualquier segundo las más enfáticas estallarán. Moléculas en movimiento y luego, nada. Y esta sensación de deber mía, aunque no sea una marcha ni un altavoz; acaso un compartir suelo, ciudad, esmog, ancestros. Huellas como escamas de peatones que, intermitentes, existen y dejan de existir. Recorro así buena parte del centro; la pierna derecha, la pierna izquierda. Súbitamente, al doblar la esquina, desaparece todo rastro. Me quedo en blanco, en negro, con ribetes azules, desorientada. Al instante otros pies, también planos, aparecen. Los sigo, cómo no seguirlos. Hasta que suben a un taxi. En la misma vereda ya los siguientes pies planos me esperan, son una logia. Les cedo mi voluntad, me sumo a un repertorio pedestre y elemental. Me he convertido en la atrapa-pasos, un marcapasos de la calle. De los pasos sabrosos, contundentes. Me doy el gusto de desdeñar pisadas flacuchas o las de los pies perfectos o de trajín gaseoso. ¡Rehuir los tacos altos! Persevero en zapatos negros, viejos llantos contenidos, como lutos hechos suela. Y repaso el pulso nacional, su cableado subterráneo, ¿alguien escucha allá abajo? Continuar por todo el país hasta recuperarlo. Vamos, vamos. No regresar más a Berlín, tan solo parar a echarle algo al buche o a dormir las horas mínimas. Vivir en las pisadas de los otros, desde la base interpretarlos, como partituras, amarlos en la fibra, desde la planta del pie hacia arriba, antes de que desaparezcan, de que desaparezcamos.

Únicamente al ponerse el sol, consigo zafarme. Los últimos pies planos se esfuman tras una puerta gigante y siniestra. Entro cautelosa. Es el nuevo café del ahora llamado Centro Cultural La Moneda.

Mala lectura

El sol es un monosílabo chapucero abrumado por nubes que se divorcian: en su carta Hans ha pedido la separación. Me ha escrito como escribiría a sus muertitos más muertos, no a los que se marcharon con la caligrafía antigua, perfecta. Qué importa, si hace horas dejé de amarlo. Qué digo, hace años. Hace todo un cuarteto, una orquesta sinfónica y un gato que no y que no... Quizá nunca comencé a amarlo, sin embargo duele. Ya no respiraremos el mismo aire casero, aire viciado pero compartido. Compartir lecho con él era como la costumbre de dejar cada noche los zapatos al lado de la cama, para salir arrancando en caso de terremoto. Pues el terremoto había llegado y Hans supo arrancar el primero.

Releo su carta cien veces, nunca leí tan deficientemente. Me pregunto de quién se disfrazó para escribirme. Miro la carta, el sobre, lo olfateo, nos olfateamos, somos dos perros que se muestran los dientes y no menean ni un milímetro sus colas. Saco la carta del sobre otra vez. La estudio como a una difícil partitura de música contemporánea, está llena de efectos que no logro interpretar, como con Hans. Para no seguir durante semanas leyéndola, la picaré y me la comeré en el yogur con frutas que ha traído recién el camarero. Aunque mejor no. Olvidar no. Olvidar es faltarse el respeto, es desvivir. Olivar es lo justo, voy a plantar un olivo y aquí mismo espero. Esta carta no la pienso contestar, pero no la destruyo. Tengo fe en que alguien, en algún mercado de las pulgas, encontrará dentro de ochenta años esta carta y con la templanza que el tiempo otorga, con la distancia de lo nunca vivido y con suficiente perspectiva, sepa ese alguien responder a mi Hans. Su menudo nombre sigue pulsando dentro, igual que la encía de un diente muerto.

Eutanasia de las horas, sabores adversos, la luz amordazada. Los ruidos de ciudad componen asquerosos colgajos en el aire. Escupitajos. Por favor, denme un indicio valiente, un gesto. Arrímenme un tibio perro callejero o gato de cementerio. Preciso calor. ¿Podría un buen amigo, por debajo de la puerta, suministrar sobres con sabor a después? ¿Alguien escucha? Pienso a gritos. Ya no volveré a sentir esas pisadas tan agrias (las de Hans, no las mías). Me pregunto dónde consigue la gente el cariño. Y sobre todo, su supresión.

La tarde es tucán ridículo. Le tiro la noche encima.

De noche por fin, paro de releer y releer la carta. Después de horas consigo despegar las pupilas del papel. Las pupilas se van al cielo y allí releo la luna. Porque noche tras noche, la luna; luna recopilando las córneas de los insomnes que la miran. La luna, ese terco manuscrito de la noche. Miro mis palmas, otro manuscrito más. Un supuesto destino ya pautado se segmenta en cinco líneas. Empuño las manos, estrujo el pentagrama y escucho. Escucho ladridos. Son mis perras manos, más las manos de los solitarios aullándole a la luna. Mis manos, nuestras manos. Aplaudo, aplaudamos, para no seguir escuchando.

Al leer siempre confundo certezas con cerezas, pues esta noche las confundiré con cervezas. En tanto mi divorcio me repase de arriba abajo, me niego a repasar la luna. Esta noche no escucho y se acabó. Esta noche no consentiré manos que ladren tanto. Al no ser el violín nunca bozal, lo tendrá que ser el teclado de un portátil: esta noche me ensartaré por primera vez en Facebook. Me expresaré no con sonidos o signos de alta cultura que exacerban preguntas y la dejan a una tirada a la vuelta de la esquina. Esta noche aprenderé a usar emoticonos, emoticonos que igualen o superen a los afectos barrocos, a ver qué pasa.

Entro en Facebook, maquinita del tiempo, segunda oportunidad, como un aroma a naranjas. Las segundas oportunidades interrumpen el drama, adelgazan el *pathos*. Facebook podría ser la ciudad que buscaba con tanto ahínco Hans cuando lo conocí. Él encontró una versión artesanal de Facebook en su comunicación epistolar. Facebook, chiringuito de la memoria, ciudad virtual de las segundas oportunidades; porque pocos hoy aseveran: «No volví a ver a Mengano, nunca más supe de él, desapareció», como oíamos lamentar a padres y abuelos. La gente de esa época aparecía, desaparecía, acompañando un breve tramo de vida. Lo común ahora es que nadie desaparezca del todo. Internet sabe hallar a quien sea. No a mi padre. No sirve. Tal vez encuentre aquí, en el plasma, al menos los líquidos de mi vida o alguno de sus *leitmotivs*. Investigo la pantalla y lo que encuentro es a viejos estudiantes de conservatorio, a jóvenes de la Orquesta Mundial con quienes compartí Berlín a mi llegada. Veloces repueblan sus nombres mi sesera. Somos moscas atrapadas en la red. Muchas moscas. ¿No es excesivo acaso, grotesco, a golpe de tecla, con pestañadas que abarcan cinco, diez años, visitar infancia y juventud, ahora en un formato adulto? Mis compañeros son actores que con harina en el pelo y grueso maquillaje, de sopetón envejecieron. No es verosímil el paso del tiempo a la distancia. Ver envejecer para creer. Doy un respingo cuando encuentro una foto mía en el muro de Claudia adulta. Ahí estamos las dos, muertas de risa, al tiempo que una solista al piano mira horrorizada a la cámara en pleno lapsus de memoria. Otros compañeros, afanados picotean aquí, allá, la partitura. En la foto no aparece el director de esa noche. El que movía atormentado su batuta y dictaba, a voz en cuello, número de compases, flotadores que pudiesen salvarnos del naufragio. Me vendría bien algún número de compás ahora, saber en cuál me encuentro. Una por una voy registrando los cientos de fotos de Claudia. Su padre tampoco aparece por ningún sitio. No es consuelo. Mientras espío a los demás compañeros haciendo marketing de sus vidas, en traje de baño o en picnic, con niños, opinando festivos y megustando, como si no hubiese un mañana, Marcelo me ha pedido amistad. Apasionante fue cuando, con su ramillete de violetas patas arriba, me pidió pololeo. Veo su foto, pero sus canas no consigo asimilarlas. Voy a buscar los lentes y otra cerveza. ¿*Te acuerdas de mí?*, ha dejado escrito en mi muro en el intertanto. Quedamos en llamarnos y vernos.

Por la noche soñé que la tropa de Facebook irrumpía en casa. Echaban abajo el portón. Traían años imposibles a cuestras. Manoseaban violín y arco, marcaban en el delicado barniz sus huellas digitales. Brincaban sobre el somier y olfateaban la ropa íntima de la cómoda. Al pillarme oculta dentro del armario, me empujaban contra el muro y me fusilaban a malas palabras. Desperté justo antes de comprender la muerte, esa al menos. Enseguida encendí el computador y de un clic abandoné la pantalla, mundo virtuoso y patotero, sin haber alcanzado a megustear a nadie, sin que nadie me megusteara, pero lo sobreviviría. Preparé un café más cargado que la noche y limpié el violín hasta quitarle toda huella del sueño y dejar su barniz lustroso como una manzana. Cuando después llegó el hambre, divisé unos raros tomates con cara de emoticonos, como de Facebook, que tenía Raúl en una cesta. Ojalá no se moleste porque acabé uno por uno con sus tomaticonos.

Desvariaciones

Voy de acá para allá. Tengo una casa para mí sola. Me tengo para mí sola. Me esfuerzo. La casa se esfuerza. Como un formulario, lleno la mañana con nombre y apellido, con estado civil y de ánimo. Lleno el tostador de pan. Lleno espejos. De vez en cuando estornudo y mis vecinos me imaginan viva.

Corto un trozo de pan y me corto un dedo. La sangre corre y yo corro a coger el teléfono: perdónenme, mañana no podré ir a ensayar a la orquesta. Gracias, también yo confío en que la herida cicatrice pronto. Sí, los mantendré al tanto.

La música ya no es bálsamo, no interrumpe el dolor. Si hubiese tenido que tocar esta semana el *Réquiem* de Fauré, mi violín mutaría en bacalao en salazón a pura lágrima, no es algo que precisen ver los colegas. Soy un fraude; mi padre, si estaba triste, bien que escribía sus mejores poemas.

No toco el violín, ato la noche a los días. Varias noches ato a un día, «cuatro caballos a una carreta», la vieja canción (atar la noche a buenas canciones y de a poco ir tirando funciona a veces). Con ruindad, ahogo el azúcar en el café, ahogo al patito en la bañera. Las manzanas del frutero sugieren que salga a distraerme un rato.

Digerir lo de Hans será complicado, forma parte de mi patrimonio individual, de mis derrotas. Callo con todas mis fuerzas. Aunque siga escuchando, callo mejor que nunca, callo de la manera más lenta y dolorosa: no toco una semana mi instrumento. Dejo que me crezcan uñas y silencio proporcionalmente, hasta que ambos se confunden. Imagino a cada rato mi violín en el estuche, su cuellito siempre estirado, esperando a que lo saque de la cuna.

Mis párpados son sobres blancos donde un sol estampa su lacre rojo. ¿Esperar ochenta años a que un príncipe venga a despegarlos con su abrecartas? No. Finalmente me levanto, el hambre me reclama. Y aunque solo mi cinturón me abraza, saco tesón y sirvo otra vez para llenar el metro, y para abrir algunas nueces y latas de sardinas.

Ya hace casi dos semanas que no toco y se apilan noches vaciadas como botellas de cerveza. Salgo y en la calle espero encontrar. Debo encontrar.

Y encuentro. Es una armónica. La recojo como se recoge la sonrisa que un crío dejó tirada en el parque. Me calzo esa sonrisa metálica. Soplo y me vibran al punto los sesos. Es electricidad benéfica. Llego a casa y sin sacarme la ropa me sumerjo en la bañera con la armónica, esperando electrocutarme.

Dos horas tocando y tengo la cabeza ventilada como una oblea. Qué arco ni qué técnica ni nada. Simplifiquemos: ¿por qué no aconsejó mi profesor que tocara la armónica, que me dedicara a esta música rústica y bien agradecida? Voy a dejar ahora al pato flotar tranquilo. Soplo otra vez la armónica. Esto también es música. El instrumento es lo de menos; pocas veces escuché sonidos tan dignos como los que nacieron del serrucho musical de mi hermano. Lo evoco ahora e intento copiarlo, como de costumbre.

Un par de días llevo tocando la armónica, permanezco en su órbita y en la de un estupendo pato plástico. Hasta que el vecino golpea a mi puerta y se queja: El violín sí. No molesta, qué va, suena fenomenal. Qué bello el violín, la música, el arte, ¿no te parece, vecina? Yo soy un músico frustrado, ¿sabes? También algunos

músicos, contesto, y me mira como si le hubiese dicho una blasfemia. Ah, pero volviendo al tema de la armónica, por Dios, no hagas tal, vecina querida. El violín. El violín sí.

Comprendo. El instrumento importa. Esa misma tarde decido abrir el estuche y rápidamente sucede que arco para abajo, arco para arriba y al revés, arco para abajo, arco para arriba y al revés, al revés y sobre todo al revés. Luego de muchos reveses las ruedecillas comienzan a girar nuevamente. Los dientecillos engarzan otra vez en mi carne, en el hueso hasta bien entrada la médula. La música se desencadena. Parece que la herida va a abrirse otra vez, pero no. ¿Recuerdas, No-Marta? Sí, sí, primero fue un verbo, una orden más bien, y la orden fue: Escucha. Conmigo vi nacer la duda. Verde como un loro repetía: ¿Sonido o persona? ¿Sonido o persona?